



JULIO VERNE Y LA ENTELEQUIA DE LA PANDEMIA DEL SIGLO XXI

Maribel Deicy Villota-Enríquez

<https://orcid.org/0000-0001-7183-9311>

mares-696@hotmail.com

Universidade Federal de São Carlos

São Paulo. Brasil.



Cita este capítulo:

Villota-Enríquez, M. D. (2020). Julio Verne y la entelequia de la pandemia del siglo XXI. En: Villota Enríquez, J. A. y González Valencia, H. *Tecnología, Sociedad y Educación: perspectivas interdisciplinarias en torno a las TIC desde el campo social y educativo* (pp. 233-238). Cali, Colombia: Editorial Universidad Santiago de Cali.

Julio Verne y la entelequia de la pandemia del siglo XXI

Maribel Deicy Villota-Enríquez

Soñar con un mundo posible, es la utopía que nos conduce a la fantasía.
Pero al transitar propios y únicos sobre una idea particular de fantasía,
estamos sujetos a la lucha de la realidad con la memoria.

Mucha diferencia no existe entre la realidad y la fantasía. Y mucha no existía en el mundo de Julio, cuyo reloj en el que se vislumbraba un barco de fondo, miraba él sin marcar la hora. No sé si era su niñez o quizás que Julio era diferente, como ningún otro diferente que habitaba la ciudad; pero de vez en cuando, me agradaba saber que existían niños llenos de verdad y relatos tan maravillosos, que era imposible no volar en sus globos de ficción, o viajes a un París extraordinario. Lleno de encanto, Julio solía leer un libro de fantasía por año, que su tío cambiaba cada navidad. La ciencia era su pasión, y de vez en cuando miraba las estrellas al pie de una vieja colina que anulaba la ciudad. Eran tiempos seguros, tiempos de cielo despejado y libertad.

En su espacio real, Julio vivía rodeado de una sociedad avasallante de reglas, órdenes y limitaciones; pero en su quimérico mundo, era libre, aventurero y feliz. Se podía decir en un principio, que imaginación y realidad no eran lo mismo; pero de vez en cuando, la magia llegaba al sótano de su casa, donde cobraban vida: latas con ruedas en forma de rectángulos caminando, cabinas submarinas que transitaban los océanos como cangrejos, y una que otra vez, al mirar la luna, un sujeto sentado al pie de un gran cráter. Leía quimeras y vivía quimeras, era el juego con el tiempo y la memoria. Era la sincronía con el espacio y con lo etéreo.

Cada navidad, Julio no esperaba más que recibir el libro de su tío; y con los ojos perplejos en la ventana, transitaba entre la ilusión y la alegría. Quién iba a saber que lo imaginado por él, transitaría el espacio real siglos después. Quién, que las latas con ruedas en forma de rectángulos caminando, serían carros; las cabinas submarinas de los océanos como cangrejos, submarinos; y que el sujeto sentado al pie de un gran cráter, un astronauta. Realidad y fantasía se conjugaron en una.

Y el desdoblamiento del tiempo y el espacio fue único para Julio, porque aprendió a sentir el universo como la única expresión posible. Esta fue una de las primeras entradas abiertas desde la realidad a la fantasía.

Una noche de navidad, cuando su tío atravesó la puerta de la sala detenido por los abrazos de familiares y amigos, Julio corrió por su libro. Su expresión de alegría al tomarlo, fue apagada por la inmediatez de una nota que cargaba en la cubierta. En su alfombra, solo caían lágrimas al leer la glosa que decía: ¡leerlo solo en pandemia! Esperar 12 meses contados en 365 días para una aventura, lo devastaron. Así que entonces angustiado, regreso a la sala, y afligido preguntó a su tío, por la nota.

Feliz de ver a su único sobrino, lo miró con serenidad. Fue como si entendiese de lo que se trataba y entonces le dijo: Tú no lo sabes, pero cada universo sigue sus propias reglas ¡No son tiempos fáciles los que vivimos! Vendrán tiempos peores que tu conocerás y cuando pasen, ya no estaré para entregarte otro libro. Quiero que nunca te olvides de la magia que reposa en cada uno, que ¡Cada libro que tú has tenido, sepas que es un secreto que yo te he confiado! Su contenido es especial y nadie más lo conocerá igual. Éste libro en particular, contiene un mundo cuya regla se rige por tiempos de pandemia. Es tu deber Julio obedecer la magia que se inscribe en cada regla, y aprenderás que regla y curiosidad son dos caminos tormentosos a la aventura.

Sin palabras, Julio se marchó. Una tristeza inundó su corazón, y la curiosidad se sujetó de un hilo tan débil como la emoción. Era su desafío. Su aventura esta vez, era luchar por sujetar una orden incomoda y hostil. En este punto nuevamente, realidad y fantasía eran las mismas, pues descansaban sobre sus lomos, la posibilidad y el desafío de encontrar un mundo diferente. Al amanecer, cuando los pájaros revoloteaban por los árboles, Julio se despertó y corrió hacia el libro. Añanado más que curioso, arrancó la nota de la cubierta y comenzó a leerlo. Sin refuerzo del tiempo ni el espacio, Verne leyó la historia de la enfermedad de un antiguo pueblo alemán cuyos habitantes azotados por una epidemia, se encerraron en sus casas por el temor latente de morir. Eran los años de 1913 y se paseaba la muerte por la esquina de la habitación de Verne, que desobediente de las leyes de cada universo, había propiciado la conexión entre realidad y fantasía.

Tan curiosos son los niños como valientes. Tan joven su corazón como una pequeña hoja amarilla que porta tanta luz y tanta historia. Cómo iba a imaginar Verne, que su curiosidad lo conduciría a la sensación pandémica del terror del encierro y el sacrificio de la hostilidad del hambre. En el libro, sabios hechiceros, acudieron al significado de la *ciencia* y la *entelequia*. Pero en vano, no detuvieron la aceleración

de la pandemia que se extendió por toda Alemania. Varios años de muerte y sombra pasaron. Era el tiempo más hostil después de la guerra. Las personas perdieron sus familias y en el relato del libro, una gran depresión económica surgió. La vida fue tan desastrosa en ese comienzo, porque como la infección se propagaba por gotas de saliva y tos, los lugareños no se expresaban. El contacto se redujo al mínimo y cada casa fue un universo.

Hostigado y con el pecho agitado, Verne cerró el libro, dejando la lectura entrecortada. Era el libro más frustrante y aterrador que había sujetado. Tanta muerte, incertidumbre y desprecio por la vida, lo sumieron en un estado de silencio, que cambió solo cuando divisó que las paredes de su cuarto parecían haber cambiado de color. Cuando se concentró en el piso y las cortinas. Cuando se percató que la pequeña luz que entraba por su ventana cada mañana, había desaparecido. Asustado entonces, Julio gritó el nombre de su madre y lleno de temblor unos segundos después el de su padre. Estaba paralizado, el color café medio bohemio, medio displicente que circundaba alrededor de su cuarto, lo había atrapado en la escena de un mundo que ya no era su casa. Su cuerpo lo sabía, y para censar el espacio y el tiempo real, su cuerpo se había transformado en un termómetro con repuntes de datos bajo cero.

Demoró en descongelarse. Quizás el silencio silente que rodeaba lo arropó, y llorando comprendió que cada universo tiene sus propias condiciones. Corrió de su cuarto a la sala, de la sala a la cocina, de la cocina a la habitación de sus padres, y exhausto, de la habitación de sus padres a la calle. Era increíble, nadie estaba por él. A tanto, recordó su escuela y sus amigos, pero buscarlos fue otra decepción que lo arrojó a su realidad, agotado. En casa, encerrado en la noche, esperó que sus padres volvieran. Pero nada de eso ocurrió. El pequeño Verne estaba sólo y en su casa grande, nada cobró valor tanto como el deseo de volver a día de ayer. El día en que las personas valen más que las pasiones, valen por el hecho de ser tangibles y no solo memoria. Era un despertar diferente para Julio. Cada recuerdo se potenció con el silencio. Cada risa con los objetos que recordaba eran los instantes reales.

Los días pasaron y Verne siguió en casa. A veces se asomaba desde su ventana y veía pasar gente con un pañuelo sujetando su nariz y boca. Las personas eran como extraterrestres, porque apenas Julio abría la puerta para conversar con alguno de ellos, rociaban sobre él espuma. Cada intento, era nuevamente un baño de espuma. Pero lo más crudo de los encuentros, era cuando la gente al verlo gritaba y tiraba sus ropas en la acera o carretera. Era el miedo, una mujer elegante que se paseaba por el jardín de la casa de Verne. Era el temor a la muerte, lo que sujetaba el hilo de cordura de los lugareños. Era también, que difícil en la vida real de Julio, caótico en el mundo quimérico de sus nuevas aventuras. Con los días, aprendió que la fantasía

habitaba en el mundo de la fantasía, porque desde ese lugar, podía imaginar lo que tenía y lo que ya no estaba. Era la sensación de estar en el lado opuesto del otro universo y anhelar volver al que una vez con desdén había sido el suyo.

En aquel mundo quimérico, Julio despertaba fatigado y recordaba haber soñado repentinamente que caía del escaparate al tomar el libro e intentar abrirlo. Ese sueño era cada vez más recurrente y al despertar, la soledad galopaba por las cobijas de su cama. Tres largos meses pasaron, hasta que Verne desorientado tomó de nuevo el libro y lo aventó contra la pared, cayó de su solapa una pequeña nota. Asustado y adolorido, la dejó en el suelo hasta el día siguiente. Tenía tanto odio por el libro, que nada que viniera de él le producía alegría. Era una guerra interna que lideraba para distraer la nostalgia del mundo que había dejado atrás. Al despertar y a manera de venganza, Julio tomó la nota en su mano y la arrugó. Pero al no ser su mundo, el mundo que conocía, la nota se desdobló extravagante en un tiempo y espacio intrigante, y llegó a los pies de Verne.

Congelado como los niños cuando se asustan, Julio tomó la nota y la leyó. En aquel papel tan pequeño y simple se encontraba escrita una ruta de partida que decía: 'cada mundo es una secuela de hechos posibles, pero los mundos no apresan a quienes no saben encontrar el valor del universo perdido', vuelve a casa. Realidad y fantasía son los mismos, que lo diga Julio quien en el mundo quimérico amó el real, y quien estando en el mundo real, fantaseaba en el quimérico. Ese es nuestro afán por una libertad que tenemos, pero que en otro universo transita diferente y se siente diferente.

Julio volvió a casa, y al despertar escuchó en el pasillo a su madre, y en la ducha a su padre. Todo era normal, tan real como lo quería. No obstante, deteniéndose en el libro que guardaría solo para leer en épocas de pandemia, pensó que los habitantes de aquel universo, eran tan infelices como extravagantes. Lo que Julio jamás imaginó, era que a ese universo solo llegaban las cosas que se amaban. Le faltaba mucho que aprender al pequeño Julio, porque los secretos de cada universo no se conocen de paseo, un día por la superficialidad de las aventuras de su contenido. Hoy Julio está en el mundo que debe estar, porque cada quien vive el mundo que construye, y así en la secuencialidad del tiempo, se aporta a la construcción de una avatar de hechos que son la construcción de lo que conocemos.